



CAMINO A LA SERVIDUMBRE



FRIEDRICH A. VON HAYEK
UNIVERSITY OF CHICAGO
PRIMERA EDICIÓN: 1944

Compilación y Desarrollo:
Rogelio Carrillo Penso



INTRODUCCIÓN

Ética es la forma cómo nos comportamos cuando decidimos que pertenecemos juntos. *Margaret Wheatley*

No conozco de ninguna experiencia en el mundo en la cual un país con un nivel más o menos importante de subdesarrollo haya podido desarrollarse bajo el Capitalismo. Se requiere una Cultura Socialista para crear la infraestructura necesaria, y ponerla en movimiento. Sin embargo, una vez que esta infraestructura existe, subir a un nivel superior de desarrollo requiere de una Cultura Capitalista; una Democracia donde la gente pueda participar en las decisiones que afectan su calidad de vida. Esto también es aplicable para organizaciones, privadas y públicas de diversa índole. *Russell L. Ackoff*

La independencia económica es lo que fomenta la innovación. Lo que la motoriza es la libertad y la autoestima. *W. Edwards Deming*

Cuando el partido Conservador inglés realizó sus jornadas de reflexión, Margaret Thatcher no había llegado todavía a ser su líder principal. Inglaterra, que se debatía entre las tendencias hacia el Socialismo y las fuerzas del Capitalismo, pasaba por uno de los peores momentos de su economía y era evidente la necesidad de un cambio de rumbo, pero ¿Hacia dónde? ¿Cuáles iban a ser los fundamentos básicos de ese cambio? ¿Cómo tomar un camino hacia la prosperidad donde se definieran lineamientos de cambio que pudieran ser aceptados por los ciudadanos dentro de una Europa cada vez más inclinada a aceptar el papel protagónico del Estado en la sociedad?.

En esas Jornadas, la Thatcher se presentó con una copia de **“The Road to Serfdom,”** lo dejó caer estruendosamente sobre la mesa de conferencias, y declaró: *“¡Esto es lo que debemos hacer!”*

El libro de Hayek abrió su mente no solo hacia el camino que el partido conservador debía tomar, sino que selló la ruta a la prosperidad económica que hoy

existe en Inglaterra, hoy por hoy una de las economías más sólidas de viejo continente.

“Camino a la Servidumbre” es producto de la desilusión de Friedrich Hayek quien en su juventud abrazó el socialismo con la pasión y el entusiasmo propios de una juventud rebelde, deseosa de abrir nuevos horizontes.

Después de haber abrazado con entusiasmo las ideas socialistas, y tomado conciencia de las perversiones de ese sistema: como el colectivismo, la pérdida de la libertad individual, y sus consecuencias para el hombre, Hayek decidió ir más allá de lo que muchos acostumbra hacer, tomar otro camino. Decidió estudiar a fondo porqué el elevado deseo de lograr una sociedad mejor a través del socialismo, llevaba justamente a obtener resultados totalmente opuestos. Una vez terminada su obra, la dedicó **“A los Socialistas de Todos los Partidos.”**

En Venezuela, desde Rómulo Betancourt hasta Hugo Chávez, **TODOS** los gobiernos han seguido la misma errada concepción del Estado. Nuestros políticos han sido incapaces de aprender de enseñanzas como las

que Friedrich August von Hayek reflejó en este trabajo en 1944, hace hoy 62 años; y continúan, aún hoy, con la pretensión de revivir un cadáver insepulto, y hundir al País en el pasado. En cierta forma, los de entonces y los de ahora; con algunas diferencias de estilo, hablan el mismo idioma y perpetúan las mismas prácticas.

“Camino a la Servidumbre” fue escrito entre 1943 y 1944, en medio de la **II Guerra Mundial**. Invito a los lectores a tratar de ubicarse en las circunstancias que imperaban en ese momento —sin pasar por alto la evolución política y social que ha experimentado el mundo: la desaparición de la Unión Soviética, la caída del Muro de Berlín, la prosperidad de los países capitalistas, el surgimiento de Japón, China y Singapur; y el crónico atraso del tercer mundo, con su legado de pobreza y de ciegos seguidores de un Mesías salvador que no existe, pero que da pie de cuando en cuando a experimentos deformantes como el Peronismo en la Argentina y el Chavismo en Venezuela, ambos basados en la Ignorancia y el populismo.

Rogelio Carrillo Penso

A LOS SOCIALISTAS DE TODOS LOS PARTIDOS

Es raro que una libertad, cualquiera que sea, se pierda de una vez. *David Hume*

Quien estas líneas traza ha pasado la mitad de su vida de adulto en Austria, su patria, donde estuvo en íntimo contacto con el pensamiento germánico, y la otra mitad en los Estados Unidos e Inglaterra. Durante esta última época ha ido afianzándose día a día su convicción de que en estos países están actuando también algunas de las fuerzas que destruyeron la libertad en Alemania.

La magnitud misma de los desmanes cometidos por los nacionalsocialistas ha fortalecido la creencia que en ninguna de esas dos naciones podría implantarse un sistema totalitario; pero conviene recordar que en 1928, esa misma percepción hubiera parecido igualmente fantástica en Alemania, no solo a las 9/10 partes de los alemanes, sino también, al más hostil de los observadores extranjeros.

Hay muchas actitudes, consideradas en aquel entonces como “típicamente alemanas”, que ahora prevalecen de modo idéntico en los Estados Unidos y

en Inglaterra, y muchos síntomas que indican una evolución mayor en el mismo sentido: la creciente veneración del Estado, la aceptación fatalista de las “tendencias inevitables”, el entusiasmo por la “organización” de todas las cosas (que ahora denominamos “planificación.”)

La naturaleza del peligro que esto entraña, se comprende menos —si tal fuere posible— en los Estados Unidos e Inglaterra de lo que se comprendió en Alemania. *La suprema tragedia de este país consistió en que fueron precisamente los hombres de buena voluntad quienes, por obra de su política socialista, prepararon en gran parte el terreno para el advenimiento de las fuerzas que representan todo lo que ellos detestan. Pocos son los que reconocen que el desarrollo del fascismo y el nazismo no fue una reacción contra las tendencias socialistas de la época precedente, sino el resultado inevitable de estas tendencias.* Es muy significativo el hecho de que no pocos de los dirigentes de estos movimientos (de Mussolini para abajo e

incluyendo al francés Pierre Laval (1883-1945) y al noruego Vidkun Quisling (1887-1945) comenzaron como socialistas y terminaron como fascistas o nazis.

Actualmente muchos de aquellos que en los países democráticos detestan con profunda sinceridad todas las manifestaciones del nazismo, están trabajando por ideas cuya realización conduciría directamente a la odiada tiranía.

La mayor parte de la gente cuyas opiniones ejercen influencia sobre el desarrollo de la nación, son socialistas en mayor o menor grado. Creen que la vida económica debe ser “deliberadamente dirigida,” que conviene reemplazar el sistema de libre competencia por la “planificación económica.” Pero *¿Podrá imaginarse mayor tragedia que esforzarnos por forjar las normas del porvenir en consonancia con los más altos ideales, y producir, sin saberlo, un resultado diametralmente opuesto al que buscamos?*



PLANIFICACIÓN Y PODERÍO

Los socialistas creen en dos cosas que son absolutamente diferentes y hasta quizá contradictorias: libertad y organización. *Elie Halévy*

Para alcanzar las finalidades que se proponen, los planificadores tienen que crear un poder público —de unos hombres sobre otros— de magnitud hasta ahora desconocida; y su éxito dependerá del grado en que logren tal poder. La democracia es un obstáculo en esa supresión de la libertad que requiere la dirección centralizada de la actividad económica. Y así surge al punto el choque entre la planificación y la democracia.

Muchos socialistas se forjan la infausta ilusión de que, privando al individuo del poder que posee en un sistema individualista, y traspasando ese poder a la sociedad, se acaba con este poder. Pero pasan por alto que, *al concentrar el poder de modo tal que pueda ser puesto al servicio de un plan único, no solo se le transforma sino que se le aumenta infinitamente.*

Concentrando en manos de cualquier comité único la totalidad de facultades que antes ejercían independientemente muchos, se crea un poder mucho mayor que cualquiera que hubiese podido existir antes y ese poder tiene una capacidad de acción tan extensa que casi pareciera de clase enteramente distinta.

No tiene sentido sostener que el gran poder de una junta central de planificación “no sería mayor que el ejercido colectivamente por las juntas directivas de las empresas privadas.” *En una sociedad cuya organización se basa en la libre competencia, no hay entidad alguna que cuente con siquiera una fracción del poderío que tendría una junta de planificación socialista.*

Descentralizar el poder equivale a disminuir su magnitud absoluta, y el sistema de libre concurrencia es el único capaz de reducir la potestad del hombre sobre el hombre. ¿Quién podrá poner seriamente en duda que el poder de un millonario sobre mi, así sea él mi jefe, es muchísimo menor que el que posee el más insignificante burócrata que, por disponer de la autoridad coercitiva del Estado puede, a discreción, resolver cómo se me permitiría vivir y trabajar?

Es evidente desde todo punto de vista que cualquier obrero inexperto y mal pagado en los Estados Unidos tiene más libertad para forjar su propia vida que muchos patronos alemanes, o que un ingeniero o un administrador ruso mucho mejor pagado. Si aquel quiere cambiar de oficio o de residencia, si desea sustentar determinadas ideas o emplear sus horas libres en cierta actividad de su gusto, no encuentra para hacerlo

impedimentos de carácter absoluto, ni existe riesgo alguno para su integridad física, que lo obligue por la fuerza a continuar en el oficio o en el ambiente a que un superior lo ha destinado. ***Nuestra generación ha olvidado que el sistema de la propiedad privada es la garantía más importante de la libertad.***

La única razón de que nosotros, como individuos, tengamos la facultad de decidir lo que nos plazca hacer con nosotros mismos, consiste en que el dominio de los medios de producción está dividido entre muchas personas que actúan independientemente. *Cuando todos los medios de producción se concentren en una mano, sea nominalmente de la “sociedad” o la de un dictador, quienquiera que ejerza ese control tendrá un poder absoluto sobre nosotros.* En las manos de entidades particulares, lo que se denomina poderío económico puede muy bien ser un instrumento de coerción, pero jamás implicará un dominio total sobre la vida de una persona. En cambio, cuando ese poderío económico se centraliza como instrumento del poder político, crea un grado de dependencia que casi no puede distinguirse de la esclavitud. Con mucha razón se ha dicho que *en un país en donde el único patrón es el Estado, la oposición significa la muerte por hambre lenta.*



ANTECEDENTES DEL PELIGRO

Pocos descubrimientos son tan exasperantes como los que revelan la genealogía de las ideas. *Lord Acton*

El individualismo, a diferencia del socialismo y de todas las demás fórmulas totalitarias, se basa en el respeto cristiano por el individuo, y en la creencia de que es deseable que cada cual disponga de libertad para desarrollar sus talentos e inclinaciones peculiares. Esta filosofía, desarrollada íntegramente por primera vez durante el Renacimiento, fue creciendo y ampliándose hasta crear lo que hoy llamamos la civilización occidental, siempre con la tendencia general hacia liberar al individuo de las trabas que le aprisionan en una sociedad feudal.

Quizás el resultado más grande de ese desencadenamiento de las energías individuales fue el desarrollo maravilloso de la ciencia. *La ciencia solo empezó a dar los grandes pasos que en los últimos ciento cincuenta años han cambiado la faz el mundo, cuando la libertad industrial dio vía libre utilización de los nuevos conocimientos,* y fue posible ensayarlo todo siempre que alguien lo hiciera por su propia cuenta y riesgo. Los resultados de tal desarrollo sobrepasaron cuanto se esperaba. Dondequiera que se removieron las barreras opuestas al libre ejercicio del ingenio humano, el hombre fue capaz de satisfacer rápidamente deseos cuyo radio se iba

ampliando cada vez más. Ya para comienzos del siglo XX, un obrero del mundo occidental había alcanzado un nivel de comodidades materiales, de seguridad e independencia personal, que hubiese parecido inverosímil cien años atrás.

Este éxito tuvo la virtud de despertar entre los hombres un nuevo sentido de dominio sobre la propia suerte, o sea la fe en las posibilidades ilimitadas de mejorar su vida. Lo que se había alcanzado hasta entonces, fue tenido como adquisición segura y definitiva. Al mismo tiempo, el ritmo del progreso empezó a parecer demasiado lento. Más aún: los principios que habían hecho posible aquel progreso, llegaron a considerarse como obstáculos que impedían avanzar con mayor rapidez, y los impacientes optaron por hacerlos de lado. Puede decirse que el mismo éxito del liberalismo se convirtió en causa de su decadencia.

Ninguna persona sensata debió poner en duda que los principios económicos del Siglo XX no eran sino un comienzo y que existían inmensas posibilidades de prosperar por los mismos caminos hasta ahora seguidos. Pero, según las ideas dominantes en nuestros días, la cuestión ya no es hacer el mejor uso posible de las fuerzas espontáneas que se encuentran en la sociedad libre. Al contrario: en

la práctica hemos pretendido prescindir totalmente de ellas para reemplazarlas por la “dirección colectiva y planificada.”

Es importante observar que este abandono del liberalismo, ya sea que se manifieste como socialismo en su forma más radical, o simplemente como “organización” o “planificación”, se perfeccionó en Alemania. Durante el último cuarto de siglo XIX y el primero del Siglo XX. Alemania dio pasos tan avanzados en la teoría y práctica del socialismo, que en 1944 la misma Rusia tomó las cosas donde Alemania las dejó. Los alemanes, mucho antes del advenimiento del nazismo, se habían empeñado en una lucha contra el liberalismo y la democracia, contra el capitalismo y el individualismo.

Y también, mucho antes de los nazis, los socialistas alemanes e italianos empleaban técnicas que nazistas fascistas habían de aprovechar más tarde, con no discutida eficacia. La idea de un partido político único, que integre todas las actividades del individuo desde la cuna hasta el sepulcro, y que pretenda imponer su ideología en todo lo imaginable, la pusieron en práctica primero los socialistas. *Fueron estos, y no los fascistas los que comenzaron a reclutar niños de la más tierna edad para formar con ellos organismos políticos mediante los cuales fuera posible dirigirles el pensamiento como viniera.* Tampoco fueron fascistas



sino socialistas los que primero pensaron en organizar deportes, juegos y excursiones, en los clubes del partido, para que los jóvenes no fueran contaminados por las ideas de otros; y fueron también los socialistas quienes primero insistieron en que los miembros del partido se distinguieran de los demás ciudadanos por un saludo especial y ciertos modos peculiares de dirigirse la palabra. Fueron ellos quienes mediante la organización de “células” y sistemas de vigilancia permanente de la vida privada de los individuos, crearon el prototipo del partido totalitario.

Cuando Hitler ascendió al poder, (recesión mundial en 1929, mayoría en el congreso en 1932, Canciller en 1933, II Guerra Mundial de 1939 a 1945^{NdeC}) el liberalismo ya había muerto en Alemania, y fue el socialismo el que le dio muerte.

Para muchos de los que han visto de cerca la transición de socialismo a fascismo, la analogía de los dos sistemas se hace cada vez más clara; pero *en las democracias, la mayoría de la gente cree todavía que es posible combinar el socialismo con la libertad. No se dan cuenta de que el Socialismo Democrático, la gran utopía de las últimas generaciones, no*

solamente es imposible de alcanzar, sino que los esfuerzos que se hagan por lograrlo llevan a algo completamente distinto —a la destrucción de la libertad misma.

Es muy inquietante observar hoy en día en Inglaterra y en los Estados Unidos la misma concentración de fuerzas y casi el mismo desprecio de todo lo que es liberal en el viejo sentido de la palabra. El “socialismo conservador” fue el lema bajo el cual un gran número de escritores prepararon la atmósfera en que prosperó el nacionalsocialismo. Y actualmente la tendencia general de los Estados Unidos es hacia el “socialismo conservador.”

EL MÉTODO DE PLANIFICACIÓN LIBERAL

El gobernante que intentase dirigir a los particulares en cuanto a la forma de emplear sus capitales, no solo echaría sobre sí el cuidado más innecesario, sino que se arrogaría una autoridad que no fuera prudente confiar ni siquiera a Consejo o Senado alguno: autoridad que en ningún lugar sería tan peligrosa como en las manos de un hombre con la suficiente locura y presunción para imaginarse capaz de ejercerla. *Adam Smith*

La “Planificación” debe su popularidad, en gran parte, al hecho de que todos quieren, naturalmente, que los problemas que nos son comunes sean manejados con la mayor previsión posible. *El punto de disputa entre los modernos planificadores y los liberales no es si debemos o no elaborar planes razonados para lo por venir, sino cuál es la mejor manera de hacerlo.* Se trata de decidir si debemos crear condiciones en las cuales los conocimientos y la iniciativa de los individuos tengan el mayor

radio posible para que ellos puedan hacer sus planes con éxito; o si por el contrario debemos dirigir y organizar todas las actividades económicas de acuerdo con un “diagrama” general, o sea, “planificar los recursos de la sociedad de forma que estén acordes con las ideas particulares de los planificadores sobre lo que a cada uno le corresponde hacer o tener.”

Es importante no confundir la oposición a esta última clase de planificación con una dogmática actitud de “hagan lo que

quieran.” La tesis liberal no aboga porque se dejen las cosas como están, sino que favorece el mejor uso posible de las fuerzas de la competencia, como medio de coordinar el esfuerzo humano. Se basa en la convicción de que *la competencia sana, siempre que pueda crearse, resulta un método mejor que cualquier otro para guiar el esfuerzo individual.* La tesis liberal enfatiza en que para que tal competencia traiga resultados beneficiosos, se requiere una estructura jurídica cuidadosamente pensada, y que ni

las leyes antiguas ni las actuales están libres de graves deficiencias.

El liberalismo se opone a la suplantación de la libre competencia por métodos inferiores como guiar la actividad económica; y considera superior la libre competencia, no solo porque la más de las veces es ella el método más eficiente conocido, sino también porque *es el único que no necesita de la intervención coactiva o arbitraria de la autoridad*. Prescinde de la necesidad de “control social deliberado,” y le da al individuo la oportunidad de decidir si las perspectivas de una ocupación determinada son suficientes para compensarle las desventajas inherentes a ella.

El acertado aprovechamiento de la competencia no excluye ciertas formas de intervención estatal, como por ejemplo, la limitación de las horas de trabajo, la exigencia de algunas condiciones sanitarias, el

establecimiento de un extenso sistema de servicios sociales, todo lo cual es perfectamente compatible con el sostenimiento de la libre competencia. Hay, por supuesto, ciertos campos en que ésta resulta impracticable. Así, por ejemplo, los perjudiciales efectos de la deforestación, o los del humo de las fábricas, exigen algo más que la sola atención del dueño de la propiedad de que se trate. Pero el que tengamos que acudir a la reglamentación gubernamental directa en los casos en que no se puedan establecer situaciones apropiadas para el funcionamiento de la libre competencia, no significa que debemos abandonarla en los casos en que sí puede funcionar satisfactoriamente. *La iniciativa del Estado encontrará un vasto campo de acción si se dedica a crear condiciones en las cuales la competencia sea lo más eficaz posible; a impedir el fraude y el engaño; a desbaratar las conductas monopólicas, y a solucionar otros problemas similares.*

Sin embargo, esto no quiere decir que sea posible encontrar un “término medio” entre la competencia y la dirección centralizada, por más sensato que a primera vista sea para la gente. En este campo, el simple sentido común resulta un consejero peligroso. Aunque la competencia pueda resistir alguna mezcla de reglamentación, no puede combinarse con la planificación en cualquier grado que queramos sin que deje de funcionar como guía eficaz de la producción. Tanto la libre competencia como la dirección central se convierten en herramientas pobres e ineficientes si son incompletas, y *una mezcla de ambos sistemas daría por resultado que ninguno de los dos funcionase eficazmente.*

La planificación y la libre competencia solamente pueden combinarse si se planifica en pro de la competencia y no en contra de ella. La planificación que nosotros criticamos es únicamente la que se hace en contra de la competencia.

LA GRAN UTOPIA

Lo que ha hecho siempre del Estado un infierno sobre la tierra es precisamente que el hombre ha intentado hacer de él su paraíso. F. Hoelderlin

No cabe la menor duda de que en nuestras democracias los partidarios de una dirección central de la actividad económica, creen generalmente, que es posible combinar el socialismo con la libertad individual. Sin embargo, *el*

socialismo ha sido reconocido desde hace mucho tiempo por diversos pensadores como la más grave amenaza de la libertad.

Rara vez se recuerda en nuestros días que el socialismo fue en sus comienzos

abiertamente autoritario, puesto que principió como reacción franca contra el liberalismo de la Revolución Francesa. Los escritores franceses que sentaron sus bases comprendían muy bien que aquellas ideas no podrían llevarse a la práctica sino por

medio de un enérgico gobierno dictatorial. El precursor de los planificadores modernos, Saint-Simon, anunció que a los que no obedecieran a sus proyectadas juntas de planificación “Se les trataría como ganado.”

Nadie vio con mayor claridad que el gran pensador político De Tocqueville el conflicto irreconciliable entre la democracia y el socialismo: “la democracia amplía la esfera de la libertad individual,” decía en 1848. “La democracia concede todo el valor posible al hombre, mientras que el socialismo hace de cada hombre un simple agente, un número. Democracia y socialismo no tienen otra cosa en común que una palabra: igualdad.

Pero he aquí la diferencia: *en tanto que la democracia busca igualdad en la libertad, el socialismo busca la igualdad en la restricción y la servidumbre.*”

Queriendo paliar tales motivos de desconfianza, y conquistar para su causa, el más poderoso de los móviles políticos que es el anhelo de libertad, los socialistas empezaron a ofrecer con insistencia una “nueva libertad,” la “libertad económica”, sin la cual la libertad política “no valía la pena.”

A fin de que tal argumento lograra despertar entusiasmo, se cambió sutilmente el sentido de la palabra “libertad.” Antes había significado para el hombre el debilitamiento de la fuerza

coercitiva y del poder arbitrario de los hombres. Ahora se le hacía significar como el debilitamiento de la necesidad y de la fuerza de las circunstancias que inevitablemente nos limitan a todos el radio de elección. En este sentido, por supuesto, libertad no es sino otro nombre para el poder o la riqueza. Así, la demanda de una nueva libertad no fue sino otro nombre que se dio a la vieja demanda de una redistribución de la riqueza.

El postulado de que la planificación económica permitiría un volumen mucho mayor de producción que el sistema de la libre competencia lo están abandonando casi todos los que se dedican al estudio del problema; pero ha sido esa ilusión lo que nos va impulsando, quizás más que otra cosa, por el camino de la planificación.

Aunque la promesa de mayor libertad que hacen los socialistas modernos es honesta y sincera, en los últimos años los observadores, uno tras otro, se han sorprendido de las consecuencias imprevistas del socialismo y de la extraordinaria analogía que guarda en muchos casos con las modalidades propias del comunismo y del fascismo. Como lo dijo el escritor Peter Drucker en 1939, “el fracaso completo de la creencia de que mediante el marxismo era posible llegar a la libertad y la igualdad, ha obligado a Rusia a recorrer el mismo camino hacia una sociedad totalitaria de desigualdades y falta de libertad

que ha venido recorriendo Alemania. No es que el comunismo y el fascismo sean esencialmente iguales. El fascismo es el estado a donde se llega una vez que se ha demostrado que el comunismo es ilusión vana; y tanto en Rusia como en la Alemania pre-hitlerista, se ha demostrado que es una vana ilusión.

No es menos significativo el panorama intelectual de las masas en los movimientos comunistas y fascistas de Alemania antes de 1933, Era bien conocida, especialmente para los propagandistas de ambos partidos, la relativa facilidad con que un joven comunista se convertía al nazismo, o viceversa ([Venezuela: de Adecos y otros resentidos al MVR, Masistas a donde los acepten, de Copeyanos a Chiriperos, etc.](#)^{NdeC}) *Comunistas y nazis chocaban entre si más frecuentemente que los demás partidos, simplemente porque los dos competían para apoderarse de las mismas mentalidades, y guardaban el uno por el otro el odio que se profesa al hereje. La práctica demostró cuán íntimos eran sus nexos. Para ambos, el verdadero enemigo, el individuo con quien no tenía nada en común, era el liberal al estilo antiguo. Aunque el comunista para el nazi y el nazi para el comunista y el socialista para ambos, es un recluta en potencia, hecho por decirlo así, de materia catequizable, ambos saben que no hay transacción posible entre ellos y los que creen en la libertad individual.*

Lo que se nos promete como camino a la libertad, es en



realidad el Camino a la Servidumbre, porque no es difícil prever cuáles serán las consecuencias cuando la democracia se embarque en un sistema de planificación económica. La meta de esa planificación se describirá con algún término vago, como por ejemplo: “el bienestar general,” pero no habrá acuerdo en cuanto a las finalidades que se persiguen; y eso de convenir en una planificación central sin convenir antes en sus finalidades, es como si un grupo de personas se comprometieran a realizar un viaje juntas sin decidir de antemano a dónde ir, con el resultado que *todas pueden verse obligadas a llegar a un sitio en el que la mayoría no quiere estar, ni tampoco quería ir.*

Las asambleas democráticas no pueden funcionar como agencias de planificación. No podrán alcanzar un acuerdo sobre todas las cosas—es decir, sobre la dirección de la totalidad de los recursos de una nación—porque el número posible de alternativas sería inmanejable. Aunque un congreso lograra, avanzando paso a paso y mediante numerosas transacciones, llegar a un plan general, es seguro que, al fin y al cabo, tal plan no sería del agrado de nadie.

Trazar un plan económico de esta forma es menos factible todavía que, por ejemplo, planear con éxito una campaña militar por procedimientos democráticos. Al igual que en

cuestiones de estrategia, sería inevitable dejar el problema en manos de los expertos. Y si este sistema lograra una democracia, quedaría planificar todos los aspectos de la actividad económica, con la remota esperanza de integrar aquel cúmulo de planes separados por un “todo” armónico. Se exigiría cada vez con mayor insistencia, que se otorgaran a una junta o individuo las facultades necesarias para actuar bajo su propia responsabilidad (*Ley Habilitante* ^{NdeC}.) La perentoria exigencia de un dictador económico, es una etapa característica del movimiento hacia la planificación.

En tal forma, el cuerpo legislativo verá reducidas sus funciones a la escogencia de las personas que han de disfrutar de los poderes prácticamente absolutos, y todo el sistema tenderá hacia ese tipo de dictadura en el que al jefe del gobierno se le confirman de tiempo en tiempo sus poderes por votación popular, pero, en el que él dispone del poder necesario para hacer que el sufragio traiga los resultados que mejor le convengan.

La planificación económica lleva a la dictadura por ser ésta el más eficaz instrumento de coerción y, como tal, indispensable para el establecimiento de una planificación central en gran escala. La creencia, muy común por cierto, de que el hecho de otorgar a un hombre el poder de los procedimientos democráticos,

excluye la posibilidad de que lo ejerza arbitrariamente, no es válida. *No es el origen del poder lo que garantiza que no se cometan arbitrariedades, sino las limitaciones que se le señalen para librarlo de todo cariz dictatorial.* Una verdadera “dictadura del proletariado,” aún suponiéndola democrática en su forma, si tratara de implantar un sistema de dirección económica central, destruiría probablemente la libertad individual en una forma tan absoluta como jamás lo haya hecho ninguna autocracia.

La libertad individual es incompatible con la supremacía de un propósito único al que se ve subordinada toda la sociedad en forma permanente. Dentro de ciertos límites, los Estados Unidos han pasado por esta experiencia en tiempos de guerra, cuando la subordinación de todas las cosas, o de casi todas, a una necesidad más inmediata e imperiosa, es el precio que el pueblo paga por preservar a la larga sus libertades. *Aquellas frases tan de moda hoy en día, con las cuales se nos dice que deberíamos hacer para los fines de la paz lo mismo que hemos aprendido a practicar para los fines de la guerra, son completamente engañosas,* porque tiene sentido sacrificar temporalmente los beneficios de la libertad con el objeto de afianzarla más aún en el porvenir; pero sacrificar la libertad permanentemente en aras de una economía dirigida, es otra cosa.

Para quienes hayan observado de cerca la transición del socialismo al fascismo, son obvios los lazos



que existen entre los dos. *La realización del programa socialista significa la*

destrucción de la libertad. El socialismo democrático, la gran utopía de las últimas

generaciones, es, sencillamente —irrealizable.

PORQUÉ SURGEN LOS PEORES

Todo poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente. *Lord Acton*

No hay duda de que un sistema fascista norteamericano o inglés sería cosa distinta del modelo italiano o del alemán. Tampoco hay dudas que *si la transición se llevara a cabo sin violencia podríamos esperar un mejor tipo de dirigentes*. Pero esto no quiere decir que a la larga, nuestro sistema fascista resultará muy diferente de sus prototipos, ni menos intolerante que ellos. Existen razones de peso para sustentar la creencia de que las peores características de los sistemas totalitarios son fenómenos que el totalitarismo, por fuerza, ha de producir tarde o temprano.

Así como el estadista demócrata que se decide a planificar la vida económica se verá pronto ante la alternativa de asumir poderes dictatoriales o abandonar sus proyectos, así el caudillo totalitario se verá en corto tiempo ante el dilema de pasar ante los principios morales corrientes —o fracasar. Esto explica porqué los hombres poco escrupulosos son los que cuentan con mayores oportunidades de éxito en una sociedad orientada hacia el totalitarismo. *El que así no lo reconozca, no ha comprendido todavía la profundidad del*

abismo que media entre el totalitarismo y una civilización esencialmente individualista, como la occidental.

El caudillo totalitario por fuerza ha de rodearse de un grupo de individuos voluntariamente dispuestos a someterse a la misma disciplina que luego impondrán con la rigidez necesaria, al resto de la comunidad. El hecho de que *el socialismo sólo pueda ponerse en vigor mediante métodos que la mayoría de los socialistas reprueban*, es una lección que ya han aprendido muchos reformadores de la sociedad en el pasado. Los antiguos partidos socialistas se veían cohibidos por sus propias convicciones democráticas; no poseían el arrojo necesario para llevar a cabo la labor que se habían impuesto. Es muy significativo que tanto en Alemania como en Italia, el éxito del fascismo fuera precedido por la negativa de los partidos socialistas a asumir las responsabilidades del gobierno. En el fondo del corazón les repugnaba emplear los métodos para cuya aplicación habían abierto la vía; aún confiaban en el milagro de que la mayoría se pusiese de acuerdo para adoptar un plan especial encaminado a la

organización de todas las clases sociales. Otros ya habían aprendido la lección de que en una sociedad planificada no se trata de averiguar en qué está de acuerdo la mayoría del pueblo, *sino en determinar lo suficiente que haga posible una dirección unificada de los asuntos públicos.*

Hay tres razones principales para explicar por qué un grupo numeroso de esa especie, con ideas bastante afines, generalmente no llega a ser formada por los mejores, sino más bien por los peores elementos de la comunidad.

Primera: mientras más alto sea el nivel cultural e intelectual de los individuos, más se diferenciarán sus preferencias e ideas. Si queremos hallar una mayor uniformidad de puntos de vista, tendremos que descender a las zonas de más bajas normas morales e intelectuales, donde prevalecerán aún muchos instintos primitivos.

Y esto no significa que en la mayoría del pueblo prevalezca un bajo nivel moral, sino simplemente que el mayor grupo de gente cuyo sentido de los valores es homogéneo, se encuentra entre el pueblo de más bajo nivel.

Segunda: como este grupo no es todo lo numeroso que se necesita para darle suficiente peso a los ideales del caudillo, éste tiene que reclutar adeptos tratando de convertir más gente al mismo credo. Debe obtener el apoyo de los dóciles ([genuflexos NdeC](#)) y los crédulos ([ilusos NdeC](#)) que no poseen firmes convicciones propias sino que están dispuestos a aceptar un sistema de valores preparado de antemano, siempre, eso sí, que se les haga entrar por los oídos con el estrépito y la frecuencia necesarios.

Los prosélitos que en esta forma acudan a engrosar las filas del partido totalitario, serán individuos cuyas ideas vagas e imperfectamente formadas pueden desviarse a voluntad, y cuyas pasiones y emociones son fáciles de enardecer.

Tercera: para poder amalgamar en un organismo coherente a sus secuaces, el caudillo tiene que apelar a alguna debilidad humana que todos tengan en común. *Es más sencillo poner a la gente de acuerdo en un programa negativo, como el odio a un enemigo (Neo liberales, cúpulas podridas, escuálidos NdeC) o la envidia a los que están en mejor situación (Oligarcas NdeC), que en un plan de acción positivo.*

Por consiguiente, los que buscan la adhesión de grandes masas, siempre emplearán el contraste entre el “nosotros” y el “ellos.” El enemigo puede ser interno, como el “judío” en

Alemania o el “kulak” en Rusia, o puede ser externo, pero en ambos casos esta técnica tiene la ventaja enorme de permitirle al caudillo mayor libertad de acción de la que lograría con casi cualquier programa positivo.

Dentro de un grupo o partido totalitario *los ascensos dependerán en gran parte de la disposición a cometer actos inmorales.* Aquello de que “el fin justifica los medios” considerado por la ética individualista como la negación de toda moral, se convierte necesariamente en la norma suprema a la luz de la ética colectivista. No hay literalmente nada que el colectivista sincero no esté dispuesto a ejecutar si con ellos sirve “al bien común,” porque para él ese es el único criterio de lo que debe hacerse.

Desde el momento en que se admite que el individuo no es sino un medio para servir los fines de una entidad superior, llámese a esta la sociedad, el partido, o la nación, siguen inevitablemente todas aquellas características del totalitarismo que nos horrorizan. Desde el punto de vista del colectivista, la intolerancia y la supresión brutal de la oposición; el engaño y el espionaje; el menosprecio total por la vida y la felicidad del individuo, son cosas esencialmente inevitables. Acciones que a nosotros nos indignan, como el fusilamiento de rehenes o las matanzas de ancianos y enfermos, son considerados por ellos como simples cuestiones de

convivencia práctica; y el arrancar de su tierra natal y transportar lejos a cientos de miles de personas se convierte en instrumento de política que todo el mundo aprueba, salvo las víctimas.

Así pues para llegar a ser un elemento valioso en la administración del estado totalitario, el individuo tiene que estar dispuesto a quebrantar cuantas normas morales haya conocido, si tal fuere necesario para el logro de la meta que se le ha fijado. En la maquinaria totalitaria hay oportunidades especiales para los crueles e inescrupulosos. Ni la Gestapo, ni la administración de un campamento de concentración, ni el ministro de propaganda, ni la SS (o sus similares rusas) son organizaciones propicias para el ejercicio de sentimientos humanitarios. Y sin embargo, por esos organismos pasa el camino que lleva a las posiciones más elevadas del estado totalitario.

*Es necesario destacar otro punto: el colectivismo significa la muerte de la verdad. Para que un sistema totalitario funcione eficientemente, no basta que a todos se les obligue por la fuerza a trabajar por el logro de las finalidades escogidas por los que mandan; es esencial también que el pueblo llegue a aceptar esos fines como ideales propios; **para eso son menester la propaganda y el dominio completo de todas las fuentes de información.**(Caso Pérdida de Concesión por R C TV N de C)*



La manera más eficaz de hacerle aceptar al pueblo los ideales que se quiere que sirva, es hacerle creer que son los mismos que siempre ha perseguido, pero que no se habían comprendido debidamente o no se habían reconocido antes. Y la técnica más eficiente para lograr ese propósito consiste en emplear las mismas palabras de antaño, pero dándoles un significado distinto.

Pocas modalidades de los regímenes totalitarios son tan confusas para el observador superficial, y al propio tiempo tan características del ambiente intelectual de dichos regímenes como esa completa desfiguración del lenguaje.

La que más sufre por esta causa es la palabra “libertad.” Es un vocablo usado con tanta frecuencia en los estados totalitarios como en cualquier otro. Podría afirmarse que cuando se ha acabado con la libertad, tal como nosotros la concebimos, se ha destruido para siempre en nombre de una “nueva libertad” ofrecida al pueblo. Aún en los Estados Unidos abundan planificadores que prometen una “libertad colectiva,” lo cual es tan engañoso como todo lo que predicán los políticos totalitarios. *La “libertad colectiva” no es la libertad de los miembros de la sociedad, sino la libertad ilimitada del planificador para hacer de la sociedad lo que le venga en gana.* Esta es la confusión de la

libertad con el poder llevada a su máxima expresión.

Privar de la independencia de pensamiento a la gran masa de la mayoría no es difícil, pero tampoco sería suficiente. *Se hace necesario amordazar a la minoría que continúa con inclinaciones a la crítica: las censuras públicas y aún la simple expresión de una duda tienen que ser suprimidas, porque con ellas se debilita el apoyo al régimen.*

Sidney y Beatrice Webb se expresan así respecto a lo que ocurre en todas las empresas rusas: “Mientras progresa el trabajo, toda expresión pública que implique duda de que el plan tenga buen éxito, es un acto de deslealtad y aún de traición, porque puede tener efectos perjudiciales sobre la voluntad y los esfuerzos del resto del personal.”

La intervención se extiende aun a asuntos que parecen no tener significado político. Por ejemplo, a la teoría de la relatividad se le ha hecho oposición, calificándola de “ataque semita a los fundamentos de la física cristiana nórdica,” o porque “está en desacuerdo con el materialismo dialéctico y el dogma marxista” Toda actividad tiene que ser justificada a la luz de un propósito social deliberado. No debe haber actividad espontánea, porque podría producir resultados que no pueden preverse y no están calculados dentro del plan.

El principio se extiende hasta el campo de los juegos y diversiones. Dejo a la discreción del lector adivinar dónde exhortó oficialmente a los ajedrecistas, diciéndoles: “*Tenemos que acabar, de una vez por todas, con la neutralidad del ajedrez. Tenemos que condenar, de una vez por todas, la fórmula de ‘el ajedrez por el ajedrez mismo’.*”

Quizás el hecho más alarmante consiste en que el desprecio por la libertad intelectual no es fenómeno que se presenta sólo después de haber establecido el sistema totalitario, sino que se encuentra dondequiera que se ha abrazado una tesis colectiva. Las peores formas de opresión se perdonan si se han ejercido en nombre del socialismo. La intolerancia por las ideas antagónicas se predica abiertamente. *La tragedia del pensamiento colectivista consiste en que comienza con el empeño de conquistar la supremacía de la razón —acaba por destruir la razón.*

Hay un aspecto del cambio de valores morales traído por el progreso del colectivismo que da mucho que pensar: las virtudes que en Inglaterra y los Estados Unidos se desestiman cada día más son, precisamente, aquellas que con toda justicia enorgullecían a los anglosajones. Esas virtudes eran *la independencia de criterio y la fe en sí mismos; la iniciativa individual y el sentido de la responsabilidad; la confianza en la actividad voluntaria; su repugnancia a inmiscuirse en los asuntos del vecino; su tolerancia de las ideas*



opuestas y su sana desconfianza del poder y la autoridad.

El progreso del colectivismo y sus tendencias centralistas están destruyendo poco a poco casi todas las tradiciones e instituciones que modelaron el

carácter nacional y crearon el ambiente moral de Inglaterra y de los Estados Unidos.

LA PLANIFICACIÓN CONTRA LA LEY

En un país donde el único patrono es el Estado, la oposición significa la muerte por consunción lenta. El viejo principio, "el que no trabaje no comerá" ha sido reemplazado por uno nuevo: "el que no obedezca no comerá." *L. Trotsky*

Nada distingue más claramente a un país libre de otro sometido a un gobierno arbitrario, que la observancia —por el primer nombrado— de los grandes principios conocidos como **El Imperio de la Ley**.

Haciendo caso omiso de términos técnicos, esto significa que el gobierno en todas sus actividades, se ve limitado por reglas fijadas y promulgadas de antemano. Tales reglas permiten prever con suficiente certeza en qué forma y hasta qué punto van a emplear su autoridad sus poderes coercitivos en determinadas circunstancias; el ciudadano puede así planear sus asuntos individuales sobre la base de tal conocimiento. De esta suerte, *dentro de las reglas establecidas, el individuo dispone de libertad para trabajar por sus finalidades personales, seguro que el poder público no será empleado para frustrarle deliberadamente sus esfuerzos.*

En cambio, la planificación económica socialista exige, precisamente, lo contrario. La autoridad planificadora no

puede atarse a si misma con reglas que impidan la arbitrariedad.

Cuando el Estado se vea en la necesidad de decidir cuántos cerdos han de criarse, o cuántos autobuses han de hacer el servicio en una ruta, cuáles minas se explotarán, o a qué precio deben venderse los zapatos (Venezuela: [Ley de Tierras](#), [Ley de Hidrocarburos](#), [controles de precios](#)^{NdeC}), tales decisiones no pueden tomarse por adelantado para largos períodos de tiempo. Dependen inevitablemente de las circunstancias del momento, y al tomarlas, es siempre necesario buscar términos medios entre los intereses de los diversos grupos o personas.

El parecer de alguien tendrá, al fin, que determinar cuáles de tales intereses son más importantes, y la determinación pasará a formar parte de la ley del país. De ahí el hecho tan conocido de que *cuanto más "planifique" el Estado, más difícil es para los individuos trazar sus propios planes.*

La diferencia entre las dos formas de gobierno es muy importante. Es la misma que existe entre fijar en los caminos letreros que orientan al viajero, y ordenar y ordenar a éste el camino que debe tomar.

Además, en un régimen de planificación central, el gobierno no puede ser imparcial. El Estado deja de ser un instrumento de servicio público que ayuda a los individuos a lograr el máximo de desarrollo de su personalidad, para convertirse en una institución que deliberadamente escoge entre las necesidades particulares de los ciudadanos, permitiéndole a uno hacer lo que al otro le prohíbe. Tiene que determinar, por precepto legal, el grado de bienestar que le corresponde a cada individuo, y lo que a unos y otros les es dado poseer.

El imperio de la ley, o sea la ausencia de privilegios jurídicos establecidos por la autoridad a favor de determinadas personas, es la salvaguardia de aquella igualdad ante la ley que constituye el reverso del gobierno arbitrario. Es significativo que los socialistas (y los nazis) siempre hayan

protestado contra la “mera” justicia simple y llana: que se hayan opuesto a una ley que no estipule qué grado de bienestar corresponde a determinadas personas; que hayan exigido la “socialización de la ley,” y hayan atacado la independencia de los jueces.

En una sociedad planificada corresponde a la ley legitimar lo que en verdad es y seguirá siendo arbitrario; porque si la ley dice que tal o cual junta o

autoridad puede hacer lo que le venga en gana, es claro que cualquier actuación de dichas entidades será un precepto que obligue, pero sin que ello signifique que esos actos estén amparados por lo que nosotros entendemos ser el imperio de la ley.

Así pues, otorgado al Estado poderes ilimitados, las disposiciones más arbitrarias pueden convertirse en legales, y de esta suerte una democracia

puede perfectamente erigir el más completo de los despotismos. (Venezuela: Ley Habilitante^{NdeC}.)

El imperio de la ley sólo tomó forma consciente durante la época liberal, y constituye una de sus mayores conquistas. Es la encarnación legal de la libertad o, como lo expresó Emmanuel Kant (1724-1804): “*el hombre es libre si no tiene que obedecer a las personas sino a las leyes.*”

¿ES LA PLANIFICACIÓN INEVITABLE?

Cuando la autoridad se presenta con la apariencia de organización, muestra un encanto tan fascinador que puede convertir las comunidades de gentes libres en estados totalitarios. *The Times*

Es muy revelador el hecho de que pocos “planificadores” se limiten hoy en día a sostener que la planificación central sea deseable; los más de ellos afirman que ciertas circunstancias sobre las cuales no ejercemos ningún dominio la hacen imperativa.

Uno de los argumentos que con frecuencia se escuchan es el que la complejidad de la civilización moderna ha creado problemas a los cuales no tenemos esperanza alguna de hallarles adecuada solución, como no sea mediante el sistema de planificación central. *Este argumento se basa en una falta completa de comprensión de lo que, en la práctica, es la Libre Competencia.* La complejidad de las circunstancias actuales es exactamente lo que hace que la

libre competencia sea el *único* método de llegar a una adecuada coordinación de los asuntos de interés general.

La planificación o control central no se dificultaría si las condiciones fueran tan sencillas que un solo individuo o una sola junta pidieran supervisarlos todo eficazmente. Pero a medida que se multiplican y se complican los elementos que han de tenerse en cuenta, no hay ningún centro único capaz de atender a todos ellos. Las condiciones constantemente cambiantes de la oferta y la demanda de diversas mercancías, ni pueden ser jamás conocidas de una manera total, ni analizadas con la rapidez necesaria por una sola persona o entidad.

Dentro de la libre competencia —y no dentro de ningún otro régimen económico— el sistema de precios automáticamente registra todos los hechos pertinentes. Los gerentes de empresas comerciales, con solo atender al movimiento de algunos pocos precios con el mismo detenimiento que un ingeniero observa unos pocos manómetros, pueden acomodar sus actividades para hacerlas armonizar con las de sus colegas.

Comparado con este método de resolver el problema económico —por descentralización más coordinación automática mediante el sistema de precios— el método de la dirección central resulta increíblemente engorroso, primitivo y limitado en sus alcances. No es exageración decir que *si los Estados Unidos hubieran*

tenido que atender al crecimiento de su sistema industrial mediante el método de planificación central, jamás habrían llegado al grado de diferenciación y flexibilidad que han alcanzado. Nuestra civilización ha llegado a su estado actual de desarrollo precisamente porque no tuvo que ser deliberadamente planificada. La división del trabajo ha avanzado muchísimo más de lo que hubiera sido posible prever. Si la situación económica se hace cada vez más compleja, esto, lejos de imponer la necesidad de una planificación centralizada, hace más importante que nunca el que se siga la táctica de la libre competencia.

Se argumenta también que los cambios tecnológicos han hecho la competencia imposible en un número de campos que cada día aumenta, y que no podemos escoger sino entre el control de la producción por los monopolios privados y la dirección central. Sin embargo, parece que el crecimiento de los monopolios no es consecuencia necesaria del avance de la técnica, sino el resultado de la política económica adoptada por la mayoría de los países.

Quiquiera que haya observado cómo los presuntos monopolistas buscan asiduamente la ayuda del Estado para hacer efectivo su dominio de la industria, no podrá dudar de

que no hay nada inevitable en ese resultado. En los Estados Unidos una política decididamente proteccionista ayudó al crecimiento de los monopolios. En Alemania la formación de cárteles fue sistemáticamente fomentada desde 1878, y fue allí en donde los primeros grandes experimentos de “planificación científica” y “organización consciente de la industria,” realizados con apoyo estatal, llevaron a la creación de monopolios gigantescos. La supresión de la libre competencia fue objeto de una política deliberada en Alemania, política que se puso al servicio de un ideal que ahora llamamos “planificación.”

¿NOS LIBERARÁ DE PREOCUPACIONES LA PLANIFICACIÓN?

Es significativo que la nacionalización del pensamiento ha marchado por doquier paso a paso con la nacionalización de la industria. *E. H. Carr*

La mayoría de los planificadores que han estudiado con seriedad los aspectos prácticos de su contenido, no abrigan duda alguna de que *la economía dirigida exige procedimientos dictatoriales*, y de que un sistema complejo de industrias interdependientes tiene que ser conducido por cuerpos técnicos, cuyo trabajo esté de tal suerte coordinado que las decisiones definitivas reposen en manos de un comandante en jefe a quien no debe coartar su libertad de acción el procedimiento democrático. El consuelo que

ofrecen los planificadores (Venezuela: *social demócratas socialistas, comunistas, izquierdistas, y social cristianos NdeC*), es que esta dirección autoritaria se aplicará “solamente” a los problemas económicos, suelen agregar que, si renunciamos a la libertad en los aspectos menos importantes de la vida, podremos disfrutar de libertad para trabajar por cosas de mayor trascendencia. Sobre esta base, muchas personas que detestan la idea de una dictadura política, claman frecuentemente por un dictador en el campo económico.

La tesis halaga nuestros mejores instintos. Si la planificación nos librara de las preocupaciones de menor cuantía, ofreciéndonos así la posibilidad de vivir una vida sencilla y altamente intelectual, ¿quién habría de renegar de ese ideal?

Por desgracia, no es posible separar los motivos puramente económicos de los otros fines que en vida buscamos. Lo que equivocadamente se ha dado en llamar el “motivo económico” no es más que el deseo general de ver abiertas las puertas de la oportunidad: de manera que si

perseguimos el dinero, es solo porque él nos ofrece la más amplia posibilidad de gozar del fruto de nuestro esfuerzo, ya que una vez ganado podemos gastarlo como queramos.

Como la limitación de nuestro ingreso pecuniario es lo que nos hace sentir las restricciones que nos impone nuestra pobreza relativa, muchos han llegado a odiar el dinero, por ser símbolo de tales restricciones. Empero, el dinero es uno de los más grandes instrumentos de liberación inventados por el hombre. Es la moneda lo que en la sociedad actual abre ilimitadas posibilidades al pobre, posibilidades mayores de las que en generaciones anteriores se ofrecían a los ricos.

Comprenderemos mejor el significado del servicio que presta el dinero, si consideramos lo que en realidad sucedería en caso de que, tal como lo proponen tantos socialistas típicos, el afán de lucro” se aboliera en gran parte para reemplazarlo por “incentivos no económicos.”

Si toda las remuneraciones, en vez de darse en dinero se dieran en distinciones públicas, privilegios, puestos de autoridad sobre los demás hombres, mejores habitaciones y superior alimentación, oportunidades de viajar y educarse, esto solo significaría que el consumidor no tendría ya libertad de escoger, y que quienquiera que estuviese

encargado de fijar la remuneración, determinaría no solamente la magnitud sino también la forma en que debía disfrutarse.

La llamada libertad económica que los planificadores nos prometen significa, justamente, que no tendríamos ya necesidad de resolver nuestros propios problemas económicos, y que la difícil elección entre lo que queremos consumir o no, sería hecha no por quien tiene interés directo en su disfrute, sino por otras personas. Puesto que en las actuales condiciones casi todo lo que consumimos nos lo suministran otros, la planificación económica significaría la dirección de casi toda nuestra vida. No existe, entonces, ningún aspecto de ella, desde nuestras necesidades primarias hasta nuestras relaciones de familia y de amistad; desde la naturaleza de nuestro trabajo hasta el empleo de nuestras horas libres, sobre el cual no ejerciera el planificador su “control consciente.”

Ni será el poder planificador sobre nuestras vidas privadas menos efectivo porque el consumidor tuviera nominalmente libertad para bastar su ingreso como a bien tuviera, ya que la autoridad controlaría la producción.

Nuestra libertad de elección en una sociedad basada en la libre competencia reside en el hecho de que, si una persona no quiere satisfacer nuestras necesidades, podemos buscar

otro proveedor. Pero si nos hallamos ante un monopolista, estamos a su arbitrio. Y un gobierno que dirija todo el sistema económico, sería el más poderoso monopolista que pueda imaginarse.

Tal gobierno dispondría de poder absoluto para determinar qué se nos daría y en qué condiciones. Podría no solamente resolver qué mercancías y servicios se ofrecerían, y en qué cantidades, sino también dirigir la distribución de esas mercancías por distritos y grupos, y podría, si quisiese, preferir a determinadas personas en el grado que le viniera en gana. Ya no sería nuestro propio criterio sobre lo que nos gusta o no nos gusta, sino un criterio ajeno, el que determinaría qué se nos debía dar.

Más que nuestra vida de **consumidores**, la voluntad del gobierno modelaría y “guiaría” nuestra vida de productores. Para la mayoría de nosotros el tiempo que dedicamos al trabajo constituye parte muy considerable de la vida, y el oficio generalmente determina el sitio en donde hemos de vivir y la gente cuyo trato hemos de frecuentar. Por eso, la libertad para escoger lo que quiero hacer es un problema más importante para nuestra felicidad que la libertad de gastar el ingreso durante las horas de descanso.

Falta mucho que hacer en el mundo para mejorar nuestras oportunidades de elección, pero la “planificación” seguramente iría en sentido contrario. Ella tiene que controlar la entrada a las diversas profesiones y oficios, o las

condiciones de remuneración, o ambas cosas. En casi todos los casos e planificación conocidos, el establecimiento de tales formas de control fue una de las primeras medidas tomadas.

En una sociedad organizada sobre la base de la libre competencia, es posible obtener casi todas las cosas que se necesitan mediante el pago de un precio determinado. A menudo será un precio

despiadadamente elevado y precisará sacrificar una cosa para obtener la otra, pero tenemos libertad de elección. En una sociedad organizada del otro modo, no hay alternativa. Sólo podemos obedecer toda una serie de órdenes y prohibiciones.

Se dice a menudo que la libertad política nada significa sin libertad económica, lo cual es muy cierto, aunque en un sentido completamente opuesto al que le

dan a la frase nuestros planificadores. Aquella libertad económica que es requisito previo de cualquiera otra, no puede ser la liberación de las preocupaciones económicas que nos prometen los socialistas, y que solamente podría alcanzarse privándonos del poder de elección: tiene que ser aquella libertad de actividad económica que, junto con el derecho a la elección, lleva el riesgo y la responsabilidad de tal derecho.

DOS CLASES DE SEGURIDAD

La más sublime oportunidad que alguna vez tuvo el mundo se malogró porque la pasión por la igualdad hizo vana la esperanza de libertad.
Lord Acton

Al igual de la espuria “libertad económica” —aunque con mayor grado de razón— la “seguridad económica” se presenta a menudo como condición indispensable de la libertad real. En cierto modo, esta aseveración no solo es verdadera sino también muy importante, porque *la independencia intelectual y la firmeza de carácter rara vez se encuentran entre aquellos que no pueden tener confianza en que se abrirán camino por su propio esfuerzo.*

Pero hay dos clases de seguridad: la de un cierto mínimo para el sostenimiento de todos, y la que garantiza a una persona o grupo de personas un nivel de vida realmente más alto.

No existe ninguna razón para que dentro de una sociedad que ha alcanzado el nivel de la nuestra, no pueda garantizarse la primera clase de seguridad para todos, sin poner en peligro la libertad general; es decir, un mínimo de alimentos, techo y abrigo suficientes para la preservación de la salud. Ni hay tampoco razón alguna para que el Estado no ayude a organizar un amplio sistema de seguro social capaz de proteger al pueblo contra los riesgos comunes de la vida, contra los cuales son pocos los hombres que por sí mismos están en posibilidad de defenderse adecuadamente.

Es la planificación de la segunda clase de seguridad lo que tiene efectos tan peligrosos para la libertad; esa planificación destinada a proteger a ciertos individuos o a ciertos grupos

contra la disminución de sus ingresos.

Si a los miembros de cada grupo en que las condiciones mejoran se le permite excluir a los demás, con el fin de asegurar para sí mismos el beneficio total, en forma de altos salarios o ganancias —cosa que cada vez se hace más evidente— entonces aquellos individuos dedicados a las ocupaciones en que ha disminuido la demanda, no tienen adónde ir, y cualquier cambio da por resultado un desempleo mayor. No puede caber la menor duda de que la lucha por la seguridad mediante tales métodos, es la causa del enorme aumento del desempleo y la inseguridad en las últimas décadas.

Sólo los que han sido víctimas del fenómeno, pueden apreciar en toda su magnitud la absoluta



desesperanza de la situación a que se ven reducidos —dentro de una sociedad fiel a la rigidez de un sistema— los que van quedando fuera de las ocupaciones protegidas. No existió jamás una forma más cruel de explotación de una clase por otra que aquella de que son víctimas los miembros menos afortunados de un grupo, por parte de los bien establecidos. Esto se ha hecho posible por la “reglamentación” de la competencia.

Pocas frases atrayentes han causado más daño que la de la consabida “estabilización de determinados precios y salarios,” la cual, mientras asegura los ingresos de unos, hace más precaria la situación de los otros.

En Inglaterra y los Estados Unidos, los privilegios especiales, singularmente en la forma de “reglamentación” de la competencia y la “estabilización” de precios y salarios, han adquirido creciente importancia. Con cada aumento de tal clase de seguridad a favor de un grupo, aumenta la inseguridad de los otros grupos.

El esfuerzo general por alcanzar la seguridad mediante medidas restrictivas apoyadas por el Estado, ha producido, con el correr del tiempo, una transformación gradual de la sociedad, transformación en la cual —al igual que en muchas otras áreas— Alemania ha marchado a la cabeza mientras los demás países han seguido

sus pasos. Este movimiento ha sido acelerado por la táctica socialista de desprestigiar todas las actividades que supongan un riesgo económico, y manifestar desprecio sobre los beneficios que justifican tales riesgos y que solo algunos son capaces de obtener.

En consecuencia no podemos quejarnos de que nuestra juventud prefiera las posiciones asalariadas y seguras a los riesgos de una empresa propia, si desde la niñez se les viene repitiendo que aquellas son las formas de ocupación más honorables y desinteresadas. La joven generación ha crecido en un ambiente en el que, tanto la escuela como la prensa presentan el espíritu mercantil como algo despreciable y consideran inmorales las ganancias; un ambiente en el que se ha llegado a afirmar que dar empleo a 100 personas es una explotación en masa, pero mandar sobre ellas es honroso.

Algunos podrán creer que esto es una exageración, pero la experiencia diaria del profesor universitario no deja ninguna duda de que como resultado de la propaganda anticapitalista, el sentido de los valores cambió mucho antes de la evolución de las instituciones hasta el presente. El interrogante que nos acecha es que si al cambiar nuestras instituciones para satisfacer las nuevas exigencias, no destruiremos, sin quererlo, muchos valores que todavía consideramos importantes.

El conflicto que tenemos entre manos es un conflicto fundamental entre dos tipos irreconciliables de organización social, la comercial por una parte, y la militar por el otro. En el primero, tanto la elección como el riesgo quedan a cargo de individuo; en el segundo, éste se ve relevado por ambas cosas. En el ejército la autoridad asigna el trabajo y designa también al trabajador. Este es el único sistema dentro del cual se le puede conceder al individuo completa seguridad económica. Esta seguridad, sin embargo, es inseparable de las restricciones de la libertad y del orden jerárquico de la vida militar: es la seguridad del cuartel.

En una sociedad habituada a la libertad no serían muchos los que quisieran comprar la seguridad a tan alto precio. Sin embargo, la política que ahora está en boga, va creando rápidamente condiciones en las cuales *el esfuerzo por lograr la seguridad tiende a hacerse sentir con más fuerza que el amor a la libertad.*

Si no hemos de destruir la libertad individual, es preciso que dejemos funcionar sin trabas a la competencia. Que se asegure, desde luego, un límite de subsistencia mínima para todos, pero admitamos al mismo tiempo que las exigencias de seguridad privilegiada para ciertos grupos de presión deben pasar al olvido, sin excusas válidas para que ciertos grupos excluyan a los recién venidos, impidiéndoles participar con su relativa prosperidad, a fin de mantener el nivel que a ellos les conviene.

No puede ponerse en duda que una seguridad adecuada contra las privaciones extremas debía ser una de las principales metas, pero no hay nada más fatal que la moda actual de los dirigentes intelectuales, de exaltar la seguridad a costa de la libertad. Es indispensable que aprendamos de nuevo a mirar

cara a cara la cruda realidad que la libertad tiene un precio, y que como individuos, debemos prepararnos para hacer duros sacrificios materiales a fin de conservarla.

Necesitamos reconquistar la convicción sobre las cual se ha basado siempre la libertad, bien

expresado por Benjamin Franklin en una frase que es igualmente aplicable a los individuos y a las naciones: ***“Los que entregan la libertad esencial a cambio de un poco de seguridad temporal, no merecen ni la libertad ni la seguridad.”***

HACIA UN MUNDO MEJOR

Habría amado la libertad, creo yo, en cualquier época, pero los tiempos en que vivimos me siento inclinado a adorarla. *A. de Tocqueville*

Para construir un mundo mejor, es preciso tener el valor de comenzar de nuevo, haciendo a un lado los obstáculos con que la insensatez humana ha obstruido recientemente el camino, para facilitar un amplio campo de acción a la energía creativa del individuo. ***Nuestro problema consiste en crear condiciones que sean favorables al progreso, pero no en “planificar el progreso.”***

Los que claman por una dosis mayor de “planificación” no son los que demuestran el valor necesario para semejante empeño, ni tampoco los que predicán un “Nuevo Orden,” que no es otra cosa que la continuación de las tendencias de los últimos cuarenta años, no piensan en nada mejor que en imitar a Hitler (o a Fidel Castro ^{NdeC}) En realidad, los que más alto levantan el grito en demanda de una economía planificada son

los que se hallan más completamente bajo el dominio de las ideas que desencadenaron la guerra actual y la mayor parte de los males que nos aquejan.

*El principio que debe guiar cualquier intento de crear un mundo de hombres libres, tiene que ser éste: **Una política de libertad individual es la única política que verdaderamente conduce al progreso.***

